

+ 7 años



En estas cuatro historias, niños y niñas **latinoamericanos** llegan a vivir a Chile por **diversos** motivos. Vivir en otro país los llevará a **compartir** sus pensamientos con **nuevos amigos**, y entre aviones, piletas de agua, canciones, aromas y comidas, las **amistades** les enseñarán que aún hay mucho más **camino** por recorrer.



Descubre estas historias sin fronteras, dedicadas a los ciudadanos del mundo.

182914

ISBN 978-956-363-230-9



9 789563 632309



MIGRACIÓN



INCLUSIÓN



AMISTAD



FAMILIA

29

Ch



CUENTOS SIN FRONTERAS • GÜIRALDES • FLORES • FERRER • CABEZAS

sm

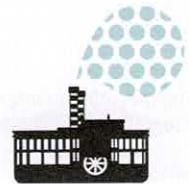
Cuentos sin fronteras

Antología sobre la migración

Ana María Güiraldes, JL Flores,
Mari Ferrer y Esteban Cabezas

Ilustraciones
de Paula Bustamante





EL BARCO
DE VAPOR

Cuentos sin fronteras

Antología sobre la migración

Ana María Gúiraldes, JL Flores,
Mari Ferrer y Esteban Cabezas

Ilustraciones de
Paula Bustamante



Cuentos sin fronteras. Antología sobre la migración
Ana María Güiraldes, JL Flores, Mari Ferrer y Esteban Cabezas

Ilustraciones: Paula Bustamante

Dirección de Publicaciones Generales: Sergio Tanhuz

Edición: Catalina Echeverría

Corrección de prueba: Víctor Navas

Diagramación: Kevin González

Romina Yévenes

Primera edición: agosto de 2017

© Ana María Güiraldes C.

© José Luis Flores L.

© María Teresa Ferrer A.

© Esteban Cabezas M.

© Ediciones SM Chile S.A.

Coyancura 2283, oficina 203,
Providencia, Santiago de Chile

ATENCIÓN AL CLIENTE

Teléfono: 600 381 13 12

www.ediciones-sm.cl

chile@ediciones-sm.cl

Registro de propiedad intelectual: 281.157

Registro de edición: 281.156

ISBN: 978-956-363-230-9

Impresión: A Impresores S. A.

Av. Gladys Marín Millie 6920, Estación Central,

Santiago de Chile.

Impreso en Chile / Printed in Chile

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni su transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea digital, electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

ÍNDICE

1. El secreto de Kenny Ana María Gúiraldes	9
2. Canta mi regreso JL Flores	23
3. La pequeña Lima Mari Ferrer	43
4. De monstruos y arepas Esteban Cabezas.....	55

1

EL SECRETO DE KENNY

Ana María Güiraldes

KENNY TIENE TRES COSAS que le gustan mucho: una alcancía, una caja de metal y un secreto.

La alcancía es roja con blanco y tiene forma de zapatilla. La llevó al colegio el primer día que llegó para que todos los compañeros la conocieran. Aunque el profesor no entendió muy bien lo que hablaba ni él le entendió muy bien al profesor, parece que dijo que esa zapatilla era bonita y, lo mejor, le echó una moneda de \$100.

La caja de metal es rectangular, dice Chocolat con letras doradas y tiene dibujos de unos niños jugando. Ahí guarda fotos de la abuela, tíos y primos que están en Puerto Príncipe. A veces mira las fotos, especialmente a la abuela.

La mamá le dijo que todos se vendrán pronto a Chile, que por eso ella y el papá trabajan mucho para juntar el dinero de los pasajes de avión.

El secreto, como es secreto, no se puede contar.

Pero todo empezó hace unos meses cuando se subió al avión grande y plateado en Haití. Primero el avión recorrió bien calmado la pista, después se detuvo, rugió con toda su fuerza como si tuviera la boca abierta, tomó impulso y se lanzó a correr como loco. Corrió, corrió. De repente, el suelo quedó abajo, más abajo, muy abajo, y él sintió que el estómago le saltaba. El avión subía al cielo, se balanceaba hacia los lados para acomodarse en el aire. Él se aferró a los brazos del asiento por si acaso. Miró a la mamá y vio que tenía las manos apretadas. Miró al papá: se le movía la mandíbula como cuando pensaba mucho. Ya no escuchó que el avión rugiera. Tenía los oídos tapados o se había quedado sordo como la abuela Naitana. Abajo se veía todo pequeño, como de mentira. Después no vio nada, solo nubes. Cuando mucho después volaron encima de esas inmensas moles con manchones blancos, supo que

estaban llegando a Chile. Eso le había dicho el papá: cuando vieran las montañas con nieve, Santiago estaría cerca. Él sabía que eso era nieve, aunque jamás la hubiera tocado porque en Haití no nieva.

Cuando aterrizaron y el avión se detuvo, Kenny se dio cuenta de que algo bueno había sucedido porque el papá y la mamá tenían los ojos con lágrimas. Pero no eran esas lágrimas que dejan los ojos rojos, sino las que dejan los ojos tranquilos.

Bueno, el secreto tiene que ver con el avión.

Solo una persona sabe de eso. Es su compañera Trini. Se lo contó cuando ella le convidó un pedazo de algo rico que se llama queque y él no pudo darle rodajas de plátano frito porque ya se lo había comido. Por eso le convidó un poco de su secreto. Como ella lo miraba con los ojos tan abiertos y tan cafecitos, terminó por contarle todo. Eso sí, le hizo prometer que no se lo diría a nadie.

—Te prometo —dijo la Trini sonriendo con un diente menos.

—Dilo en mi idioma —dijo él, serio.

—No sé decir eso —se enojó ella.

—*Mwen te pwomèt* —dijo él lentamente.

—*Mwen te pwomèt* —repitió ella.

Desde ese día ella dice que sabe hablar haitiano y los dos se juntan en el recreo.

En realidad, hay cuatro cosas que le gustan mucho a Kenny. La cuarta es la Trini, aunque es una persona y no una cosa.

Ahora, bien temprano, está pensando solo un poco en el secreto y mucho más en la Trini. Es que ella le dijo que hoy era su cumpleaños y él quiere llevarle un regalo.

Se tapó la cara con las manos porque el sol le llegó desde la ventana que da a la calle.

Escuchó el ruido de la puerta al abrirse y a través de los dedos vio entrar al papá en pantalón de pijama, la toalla en los hombros y el pelo

mojado. Cerca de la cama grande, la mamá revolvía una olla sobre la cocinilla. Los tazones del desayuno estaban dispuestos en la mesita bajo la ventana. En un rincón, colgaban del tendedero de metal la falda linda de la mamá, una camisa del papá y su polera del colegio. Como hacía calor, se destapó en su cama y dejó caer las piernas de alto a bajo sobre la colcha. La mamá lo miró y le dijo que era hora de levantarse. Como la noche anterior lo había bañado bien bañado, ahora solo tenía que vestirse y después lavarse la cara



y los dientes. Pero necesitaba ir al baño para otra cosa. El papá le dijo que se aguantara un poco porque había entrado una señora.

Es que ellos no viven solos. Cuando llegaron de Haití se fueron a una casa bien grande donde hay muchas personas. Cada habitación es como la casa de la gente que vive ahí. La mamá tiene ordenadita la de ellos. Ahí cocina, lava y ven tele. Claro que como solo hay un baño, hay que estar vigilando el pasillo para saber cuándo está desocupado.

Lo importante ahora es que tiene que llevarle algo a la Trini.

No puede regalarle el collar rojo de la mamá, lo usa casi siempre, igual que dos pulseras plateadas que le suenan cuando mueve las manos.

Mientras se toma la leche y mastica el pan con mermelada, le dijo a la mamá que a la Trini le encantaría las pulseras porque mueve muchos las manos. Que él no podía llegar al colegio sin regalo, porque la Trini es muy buena, el otro día le llevó un dulce llamado camotillo y a él le gustó, y otro día le regaló un chicle sin usar. El papá terminó de tomarse el

café y le revolvió los rulitos cortos mientras la mamá se ponía los zapatos. Y, a pesar de que estaban un poco atrasados, ella buscó entre sus cosas y le dio una flor de terciopelo amarillo que tenía un broche para prenderlo al pelo.

En el recreo se sentaron en un peldaño de la escala que daba a las clases del segundo piso.

—*Fèmen je ou*, Trini —le dijo Kenny.

Para que entendiera bien lo que decía, con su dedo índice le cerró un párpado. Ella entendió bien y cerró el otro.

El problema fue que la flor ya no estaba en el bolsillo. No estaba. En los bolsillos solo había una tapa de botella, un elástico, una piedrecita redonda, tres clips enganchados y migas.

Kenny le abrió los ojos con el dedo y trató de explicarle. Con los nervios habló rápido, rápido, rápido y la Trini decía “no entiendo, no entiendo”. Casi todos en el colegio entendían su idioma, igual que él entendía a los demás, pero tenía que hablar lento. Ahora lo terrible era que la Trini estaba entre enojada y triste, Kenny creía que estaba más enojada que triste, no estaba seguro. Para que supiera que era



verdad lo del regalo, le explicó bien lento que en el bolsillo traía una flor amarilla así de grande, bien elegante y suave para ponerse en el moño. Mientras escuchaba eso, la Trini sonreía. Pero la sonrisa desapareció cuando Kenny le dijo que la flor seguramente se le había caído en la calle cuando los papás lo hicieron correr porque venía el bus.

Kenny tenía tres cosas: vergüenza, pena y siete años. Por eso no aguantó más y se puso a llorar. Mientras un profesor se acercaba a preguntarle qué pasaba, se le empezó a instalar una idea que no le va a contar a nadie. Solo a la Trini.



Al otro día, apenas llegó, le dijo su idea al oído. Ella no entendió mucho las palabras porque sin mirarlo era más difícil y porque él soplaba el aire de las letras por el espacio de los dientes que le faltaban.

—*¿Pa blye sekrè a?* —preguntó él mirándola de frente.

—Sí, recuerdo el secreto —respondió ella dando vueltas un masticable en la boca.

—Escucha con atansyon —empezó él.

Kenny, con la seriedad y lentitud de cuando se anuncia algo importante, le dijo que como ayer había perdido la flor quería hacerle otro regalo, pero tenían que salir del colegio. Ella quiso saber un poco más y él le explicó otro poco. A ella le encantó el plan y le dijo que se fueran ahora mismo.

Como no había nadie en la puerta del colegio, se fueron no más. Iban con las mochilas en la espalda y de la mano para no perderse. La Trini le preguntó a la señora del kiosco el número del bus para llegar a ese lugar. La señora le respondió casi sin levantar la cabeza porque estaba desamarrando un alto de revis-

tas. Se subieron al bus junto a unas niñas que conversaban fuerte. Y se bajaron después con otras personas.

Llegaron.

Kenny había visto ese lugar cuando lo mostraron en la tele. Abrió su mochila y sacó la zapatilla roja con blanco. Se acercó al hombre de la boletería que estornudaba sin parar y la movió para que escuchara que adentro había monedas.

—*De entrées* —dijo manipulando el cierre de la alcancía.

—Dos entradas —tradujo la Trini al hombre que los miraba a punto de otro estornudo.

—Pasan, pasen —los apuró recibiendo las monedas sin contarlas y con el pañuelo frente a la cara.

Entraron corriendo. Y corriendo buscaron hasta encontrar ese carrusel que él había visto en la tele. Tuvieron que esperar que se juntara más gente para subir.

Lo que ellos no sabían en ese momento, es que la señora del kiosco, después de desatar el alto de revistas, se quedó pensando y fue al co-

legio de la esquina a decir que una niñita castaña con flequillo y moño acompañada de un niño moreno de piernas largas, pelo corto y rizado se habían ido al parque de diversiones en bus. Tampoco ellos podían imaginar que del colegio llamaron a los papás. Y muchísimo menos podían suponer que los papás entraron al parque a la carrera justo cuando el hombre del carrusel hacía pasar a los que esperaban.

Kenny agarró el volante con manos firmes.

La Trini se sentó a su lado bien derecha.

El avión se movió, comenzó a girar lento, lento, fue tomando impulso, se lanzó redondo, redondo y amplio. El suelo quedó abajo, más abajo, muy abajo y él por segunda vez en su vida sintió el estómago saltar. El avión del carrusel daba vueltas y vueltas para subir al cielo, se balanceaba para acomodarse en el aire. Él maniobraba el volante para un lado, para el otro, muy serio, igual como lo hará en su avión grande y plateado el día que vaya a buscar a los primos, tíos y abuela por encima de los montes.

La Trini gritaba feliz con el sol brillando como una flor amarilla en el moño. Y a él no

le importó haber sacado de la zapatilla las monedas que juntaba para tener su avión grande. Además, les sirvió para ensayar, porque ella había aceptado ir a Haití de copiloto.

Era su secreto, su *sekrè*.

2

CANTA MI REGRESO

JL Flores

I

EN EL COLEGIO ME PIDIERON que contara cómo fue llegar a este país, la verdad es que la respuesta es algo complicada y un poco difícil de resumir, así que trataré de ir al grano. Si al lector le interesa, me presentaré, mi nombre es Alicia Gutiérrez Choque. Nací en Sucre, Bolivia, hace doce años. Llevo dos años viviendo en Chile.

Si me preguntan cuál es mi lugar favorito en todo el mundo, tengo que señalar al Mercado Campesino de Sucre. Sus trabajadores llegan antes de que salga el sol y a las ocho de la mañana ya está lleno de compradores, comerciantes y turistas.

Si uno respira profundamente, con los ojos cerrados y la imaginación abierta, puede sentir el aroma de las frutas. Duraznos, achachirús, ocoros y papayas bailan confundiendo el olfato de los visitantes, incluso de los más expertos.

En el mercado es posible encontrar de todo. Es que los campesinos de todo Chuquisaca se reúnen ahí. Recuerdo que iban vestidos de colores que hacen juego con las frutas y verduras que venden. Si uno los conoce puede distinguir entre quechuas, chorotis, chiriguanos, yamparas y mojocoyas. Las lenguas, los dialectos, las risas y las discusiones se trepan por los aires, haciendo algo así como una canción.

Mi abuela era conocida por todos los locatarios, no había nadie que no hubiese escuchado de doña Killasisa. Su local de hierbas, ungüentos y sales medicinales no era el más grande de todos, tampoco era el más visitado, sin embargo su clientela sabía la verdad: era realmente el mejor. Es que ella conocía muchos secretos de los abuelos que vivían en la tierra antes de que llegaran los españoles.

Ya era viejita por esos días, aunque su pelo aún era negro oscuro. Bajo sus mantas había un cuerpo delgado, pero musculoso. Ella había trabajado muy duro toda su vida, al menos eso me decía mi mamá.

Junto con mi hermano Arturo, que entonces tenía seis años, nos gustaba ayudarla. Algunas veces, en agradecimiento a los trabajos que hacía mi abuela, nos regalaban frutas o dulces.

Aunque todo lo que tiene que ver con doña Killasisa es impresionante, lo que más sorprendía a los visitantes era su cantar. Todos los días, a eso de seis de la tarde, se subía a una silla y comenzaba una de sus viejas canciones:

*Altun pawaq siwar qinti
altun pawaq quri qinti,
cartachayta apapuway
yanachallayman entregaykuy.*

Yo no sé hablar en quechua, pero sí sé que la canción se trata de un colibrí esmeralda y otro dorado que deben encontrar a la amada de alguien o algo así. Su voz sonaba cansada,



pero parecía que a todos les gustaba, especialmente a los pajarrillos que comenzaban a agruparse en torno a ella. Barranquillos, gorriones, golondrinas y picaflores eran su público habitual.

Mi madre era muy distinta a mi abuela. Para empezar, era mucho más alta y esbelta. Sus ojos eran grandes y su pelo largo era tan negro que parecía azul. Siempre iba vestida con

ropa moderna. Había estudiado cocina, aunque por problemas económicos no había podido terminar su carrera, así que se conformaba con trabajar en las cocinerías del mercado, a pesar de que mi abuela le decía que era muy buena para eso.

La verdad es que por esos días mi mamá no era muy feliz que digamos. Mi papá nos había dejado y, por lo que sabía, llevaba unos meses trabajando en Santa Cruz.

Solo mi abuela sonreía ante todo y toda eventualidad. Al menos ante casi todas.

Fue durante los primeros días de noviembre cuando mi abuela miró

el cielo y advirtió a sus compañeros del mercado:

—Vienen aguas pesadas, tenemos que limpiar las alcantarillas y sacar los puestos que están sobre ellas.

Aunque muchos la querían y la escuchaban, no todos estaban listos para hacer un esfuerzo por limpiar y ordenar aquel desastre. La mayoría, incluyendo a mi madre, se río de tal pronóstico. Después de todo, año tras año las inundaciones iban y venían sin tocar a los comerciantes.

—Este año será diferente —insistió mi abuela.

Fueron tan pocos quienes le hicieron caso, que fue imposible reconocer alguna señal de orden.

Después de unos pocos días, la primera tempestad se hizo sentir. Tanta agua se dejó caer que el río Quirpinchaca derrumbó los muros que lo contenían.

Centenares de comerciantes del Mercado Campesino perdieron toda su mercadería. El agua también ingresó a los pequeños huertos

ubicados en esa ribera provocando la pérdida de cultivos, principalmente hortalizas y algunos frutales.

La fuerza del agua arrastró rocas, barro y basura. Esos escombros y basuras fueron a parar a la plazuela San Juanillo y al parque Marrisca Sucre, cerca de donde nosotros vivíamos. La muralla de mi pieza fue la primera en caer, pero le siguió la del cuarto de mi abuela.

Mi hermano y yo queríamos ayudar, pero no nos dejaron. Mis tíos y otros parientes pidieron permiso en su trabajo y junto a otros adultos intentaron arreglar el desastre, pero ya era tarde, lo perdido se quedaría así.

Eso fue lo último, lo que haríamos después era todo un misterio para nosotros.

II

La idea de viajar fue de mi tío Rodrigo, que llevaba un año trabajando en la construcción en la ciudad de Antofagasta y ya se había cansado, quería cambiar de rumbo. Tenía una buena idea para un negocio de artesanías en la capital de Chile. Nos prestó algo de dinero para el pasaje y comenzamos nuestro largo viaje. No fue fácil, tomamos un bus hasta la frontera y desde ahí otro hasta Antofagasta.

Una vez en la ciudad, corrimos hasta el mar. Hasta mi abuela estaba sorprendida y abrió unos tremendos ojazos al ver tamaña cantidad de agua. Me pregunté si se le podía bajar el volumen, porque realmente sonaba muy fuerte, tanto que Arturo se puso a llorar de puro miedo.

Me gustó mucho, sin embargo yo no me quise acostumbrar, pues sabía que pronto tendríamos que continuar rumbo al sur. Mi mamá no sabía bien qué esperar; Chile era un misterio para ella. Aun así yo me había leído todos los artículos sobre nuestro destino.

Llegamos a Santiago en otoño. Nos pareció gris y oscuro. Una nube gris se movía entre los edificios, como un fantasma merodeador.

Al comienzo nos quedamos junto con la familia de mi tío. Él vivía con su esposa, con la que tenía tres hijas, así que mi hermano y yo teníamos que dormir en el suelo, mientras mi abuela compartía una colchoneta con mi mamá. Aunque a decir verdad, por esos días ella no dormía mucho. Es que estaba nerviosa, no teníamos papeles para trabajar y creo que no confiaba mucho en los planes de mi tío.

—¿Cuándo vamos a volver? —preguntaba mi hermanito.

La verdad es que nadie quería contestarle. Yo lo entendía, la nostalgia nos golpeaba a todos. Mi abuela ya no cantaba, nadie hablaba con los pájaros. A veces yo ayudaba a mi madre en la cocina, hacía una sopa de maní muy rica.

Cuando mi mamá y mi abuela salían a trabajar nos quedábamos solos, escuchando la lluvia. Era una época triste, al menos para mí. ¿Adónde se habían ido todos los colores de mi vida?

Las hijas de mi tío no iban al colegio, como muchos niños de la comunidad que nos había recibido. Eso fue lo primero que molestó a mi mamá, ella no permitiría que nos quedáramos como burros. En mayo los colegios están en mitad del primer semestre y yo tenía que enfrentarme a un curso que ya estaba armado. Para mi hermano era fácil, los niños pequeños se adaptan rápido.

Mi mamá zurció mi uniforme, me sentía disfrazada de pingüino. Cuando llegué a la escuela me pareció mucho más linda de lo que imaginaba.

Saludé a mis compañeros con la mejor sonrisa que tenía, me sorprendió que entre ellos hubiese tantos niños que, al igual que yo, venían de distintas partes de América. Niños haitianos, dominicanos y del Perú. Sin embargo, una niña de Oruro era la única chica boliviana. Nos hicimos amigas rápidamente, su nombre era Catalina.

Los meses pasaban y mi madre se marchitaba aún más. Salía a trabajar a las seis y media de la mañana para regresar cerca de las nueve

de la noche. Casi no la veíamos y cuando lo hacíamos no estaba precisamente de buen humor.

Aunque las cosas eran complicadas, mi hermano y yo no nos echábamos a morir. Algunas veces mantener el buen ánimo era muy complicado, especialmente cuando había problemas entre Chile y Bolivia, o cuando había un partido de futbol entre ambas selecciones. Nos molestaban, pero eran tonterías y con la ayuda de los amigos y el colegio fue fácil dejarlo atrás.

A pesar de que en la escuela las cosas iban mejor, en mi casa la tristeza seguía mandando. El trabajo que mi tío consiguió no era tan bueno como había prometido; por más que laburaba nada ganaba. En mi familia no podían cambiarse de trabajo porque no habían regularizado su situación.

Mi abuela estaba tan cansada que los fines de semana se quedaba en cama. A veces la escuchaba llorando. Se habían robado su risa.

Entonces decidí que las cosas estaban en mis manos, le devolvería la alegría a esta familia.

III

Fue mi compañera Catalina la que me contó que en su parroquia estaban organizando una gran marcha en honor a la Virgen de Copacabana, que se celebra el 5 de agosto. El Santuario de Nuestra Señora de Copacabana, patrona de Bolivia, está a orillas del Lago Titicaca, por lo que sus fieles en Santiago se reúnen y bailan hasta la catedral. ¡Era mi oportunidad! Entonces se me ocurrió un negocio, ella tenía muchas especias y yo tenía una mamá que cocinaba muy rico, entre las dos podríamos cambiar la historia de esta familia.

—Tendrían que ser muchas empanadas —dijo la Cata medio nerviosa.

Pero yo ya tenía una respuesta:

—No, si hacemos poquitas y los dejamos con ganas, es mejor... ya verás por qué.

Sin decirle a nadie en la casa comencé a juntar recetas típicas, buscando algo para cocinar. Me pareció que las salteñas eran la mejor opción.

Aun así, mi plan tenía un punto débil: necesitaba a mi madre y ella no tenía muchas ganas de cooperar.

—Mamá, ¿cuánto te demoras en hacer unas cien empanadas?

Mi madre me miró como si le hubiese preguntado: ¿cuánto se demora caminando a la luna? Solo le pedía un número. Le conté parte de mi plan, al menos la parte de las empanadas, entonces sí que se horrorizó.

—Necesito que me ayudes —le supliqué.

Su negativa fue rotunda y dolorosa. No se daba cuenta de que quería hacer esto por ella. Estaba perdida hasta que sentí una mano sosteniéndome la espalda. Era mi abuela.

—No sé qué tramas, pero yo te ayudaré, no cocino tan bien como tu mamá... pero quizás juntas podamos hacer algo bueno.

Así pusimos manos a la obra. Catalina y su papá consiguieron ingredientes; mi abuela y yo nos pusimos a crear las más ricas salteñas de Santiago. Le pusimos cariño y creo que mi abuela usó un poco de magia.

El 6 de agosto la ciudad amaneció con tinkus y diabladas, mil quinientas personas de la comunidad se reunieron y se juntaron para celebrar a la Virgen de Copacabana. Fue un desfile de colores, música y cultura.

Doña Killasisa vestía su ropa tradicional, la misma que antes usaba en el Mercado Campesino. La Cata y yo nos dedicamos a ofrecer nuestros bocadillos a los danzantes que ya estaban cansados.

En menos de cuarenta minutos ya habíamos vendido todo. Mi abuela había conversado con tanta gente, que pronto se vio invitada a muchas casas, pero lo más importante: les habíamos dicho a todos que mi mamá había hecho las empanadas. Pronto nos llenamos de encargos, incluso algunas personas estaban dispuestas a pagar por adelantado y reservar salteñas para la semana siguiente.

Mi madre no podía creerlo, aun después de pagarle al papá de Catalina por su aporte, teníamos dinero. Y podíamos hacer más, con nuestro propio esfuerzo. Así, a regañadientes, la hicimos trabajar. Escondidas del resto de la



casa hacíamos nuestras salteñitas. Hasta los profesores del colegio nos pedían más.

Mi abuela no tardó en hacerse fama nuevamente, la gente buscaba su consejo y sabiduría.

Unos meses después del evento, un señor visitó la casa que compartíamos con mi tío Rodrigo. Era un señor de La Paz que llevaba un tiempo tratando de poner un restaurante de comida típica. Pero antes de hablar con mi mamá, tuvo que hablar conmigo:

—Mi mamá no anda buscando cualquier trabajito —le dije muy seriamente.

—Nada de eso —reafirmó mi abuela.

Es que trabajando con mi tío ya tenía suficiente maltrato como para que se fuese a esclavizar a una cocina ajena.

—Tranquilas —dijo el caballero—, yo ando buscando un chef, alguien que mande en mi cocina, alguien que pueda darnos ese gusto tradicional, no una cocinera.

No fue fácil que mi mamá aceptara ese trabajo. Primero tuvo que regularizar sus papeles. Después reunir a las personas que pudiesen

ayudarla en la cocina, afortunadamente eso no costó tanto.

Para finales de año, la sonrisa ya había vuelto a su carita. Nos cambiamos a un nuevo departamento. No era muy grande, pero al menos mi abuela y mi madre tenían piezas separadas. Además, mi mamá decidió seguir sus estudios, lo que celebramos con una gran fiesta junto a nuestros nuevos amigos.

Aun así había algo que todavía no conseguía. Decidí que si iba a hacer algo tenía que hacerlo hasta al final, por eso llevé a mi abuela al parque:

—Hazlo —le ordené—, haz eso que hacías en el mercado.

Ella se asombró.

—Aquí no se puede, los pájaros hablan otro idioma, estamos tan lejos de casa...

Insistí.

—Abuela, los pájaros hablan igual en todas partes.

Ella soltó un suspiro. Ya habíamos obligado a mi mamá a cambiar de rumbo, ¿por qué ella

habría de resistirse? Cerró los ojos y comenzó aquella canción sobre picaflores:

*Altun pawaq siwar qinti
altun pawaq quri qinti,
cartachayta apapuway
yanachallayman entregaykuy.*

*Waqanqachus manañachus,
Illakinqachus manañachus.
Waqaykunqa chaypachaqa,
chaynallataqmi waqan ninki,
chaynallataqmi llakin ninki.*

*Altun pawaq siwar qinti
altun pawaq quri qinti
cartachayta apapuway
yanachallayman entregaykuy.*

Su voz resonó por el parque, al comienzo fueron solamente las palomas, luego llegaron los gorriones, los chincoles, los zorzales y los tordos. Eran otros pájaros, es verdad, pero era una audiencia alada.

—Abre los ojos —le pedí.

Y ella entre lágrimas vio a sus emplumados amigos, todos atentos a su ancestral canción. La abracé y al oído le dije:

—Viste abuela, ya llegamos a casa.

● 3

LA PEQUEÑA LIMA

Mari Ferrer

EL DÍA EN QUE ANDREA conoció a Carmen Rosa fue uno de los más calurosos de los que se tiene registro en Santiago. No corría ni un soplo de viento y el asfalto parecía transpirar tanto como los que caminaban sobre él. Por suerte, algunos árboles de la Plaza de Armas daban algo de sombra; era un tesoro que trataban de apropiarse mujeres, hombres, niños y perros vagos. Quien conseguía sentarse a la sombra era un afortunado, y era mejor no perder el lugar hasta que el sol de enero emprendiera la retirada. Solo Carmen Rosa estaba mejor que los que habían conseguido un asiento bajo los árboles.

Ella estaba fresquita, se había sacado los shorts y chapoteaba en calzones y polera

adentro de la fuente que marcaba el centro del centro de la ciudad. Corría alrededor de un monumento de mármol blanco, que miró varias veces sin ver realmente qué figuras lo adornaban. Su madre la cuidaba sentada en la orilla de la pileta. Estaba tentada a meter los pies en el agua, pero no se animaba. Hace algunos días el agua dejó de ser motivo de diversión para ella. Un aluvión se llevó su casa y todas sus cosas allá en Chosica, al oriente de la capital peruana. Fue entonces cuando recordó lo bien que le estaba yendo a la prima de su amiga Sandra en Chile y decidió cruzar la frontera trayendo lo puesto, y a Carmen Rosa agarrada de su falda.

—¡Mójate, mamá! Juega conmigo —le decía la niña mientras lanzaba agua hacia arriba, pero su madre no le contestaba.

Cuando Andrea vio a Carmen Rosa, le dieron unas ganas incontrolables de meterse también a la fuente. Había llegado hasta la plaza con su papá, en un paseo



de día domingo con la intención de conocer La Moneda, el Museo Histórico Nacional, la Catedral y la Plaza de Armas. Luego de visitar el museo, decidieron hacer una pausa en la plaza para esperar que bajara la temperatura antes de continuar con su recorrido. Andrea se sentó en el borde de la fuente, mientras su papá iba por unas bebidas. Miró la escultura del centro y le pareció hermosa... ¿Qué era? ¿Dos mujeres peleando, acaso? Y más abajo... ¿Unos dragones?

Estaba totalmente sumida en sus pensamientos cuando un manotazo le llegó por el costado.

—¡Te chapé! ¡Tú la llevas! —le dijo Carmen Rosa mientras se alejaba corriendo y salpicando agua.

—¿Qué!? —gritó Andrea sin entender lo que tenía que hacer.

—¡Que te chapé, ahora tú me persigues y me tienes que tocar! —contestó la niña con la mitad del cuerpo escondido tras el monumento. —Ven, juega conmigo!

Andrea no sabía qué hacer. Llevaba puesto su vestido de fin de semana, el más lindo que

tenía, y quizás su papá la regañaría si lo mojaba. Pero la tentación fue demasiado grande. Se sacó sus sandalias, las dejó a un lado y se metió a la fuente. Con el agua hasta las rodillas persiguió a Carmen Rosa, quien daba vueltas y vueltas alrededor de la estatua. No era nada fácil atraparla, la niña era muy rápida.

El papá de Andrea se acercó y le hizo una señal de saludo con la mano. Andrea suspiró con alivio al ver que no reprochaba el chapuzón que se estaba dando. No podía enojarse con ella por haberse mojado. Hacía demasiado calor. Tampoco las regañó un carabinero que pasó junto a la fuente.

—¡Chepí! —dijo Carmen Rosa cuando vio al policía, y se quedó quieta como estatua.

Andrea no le entendía mucho a su nueva amiga, pero supuso que “chepí” era una forma de pausar el juego y la imitó, quedándose tan tiesa como ella. El carabinero pasó y ellas podrían haber jurado que les regaló una sonrisa.

—Pobre, ojalá él también pudiera meterse —dijo Andrea apuntando al hombre.

—No pe, que no puede porque está trabajando.

—No poh —la corrigió.

—¿Qué me dices?

—Que aquí se dice “no poh”, no “no pe”.

—Pero allá se dice “no pe” —insistió Carmen Rosa.

—Pero estamos acá, no allá.

—¿Y cómo sabes eso?

—¿Qué cómo sé qué cosa? —Andrea se rasca la cabeza, no era fácil esta conversación.

—Que estamos acá y no allá. Pasa que anoche yo tuve un sueño. Y fue tan real, tan, tan, tan real, que hasta sentí el olor de la pachamanca cocinándose en la olla. Y escuché la voz de la abuela como si estuviera a mi lado, y sus abrazos... Entonces, después pensé que quizás eso era la realidad, la pachamanca, los abrazos de la abuela y esto, tú, el agua, el policía que pasó, son el sueño.

—No poh, eso no puede ser —contestó Andrea después de pensarla unos segundos—. Estamos acá, porque si estuvieras soñando... ¡te despertarías toda mojada!

Y apenas terminaba de decir esas palabras le lanzó agua con las dos manos hacia la cara. Carmen Rosa tomó aire, arrugó la boca en señal de venganza y, al tiempo que emitía fuertes carcajadas, comenzó una pelea de gotas que iban y venían de un lado a otro. Andrea olvidó la preocupación por mojar su vestido de fin de semana y su nueva amiga olvidó lo mucho que extrañaba su país. Durante esos minutos lo único que importaba era lanzar más agua que la otra.

—¡Chepi! —volvió a decir Carmen Rosa mientras apuntaba a un tumulto de gente que se había agrupado un poco más allá de la fuente—. ¿Qué está pasando ahí?

—No sé!

—Vamos a ver?

Andrea no sabía si era correcto ir hasta allá, pero antes de poder avisarle a su madre que se iba a alejar un poco, su amiga, sin shorts ni vergüenza, la tironeó del brazo llevándola cerca del grupo de gente que se había reunido en torno a un hombre de bigote y voz grave. Las personas lo escuchaban atentas, algunos



sacaban fotografías, y la mayoría se abanica-
ba con una revista que parecía ser un folleto
turístico. Las niñas trataron de escuchar qué
decía el hombre, pero un organillero, su loro
al hombro y su instrumento llegaron también
para tocar música, vender juguetes y, sin que-
rerlo, opacar al guía que intentaba explicar a
los turistas dónde estaban parados. Las niñas
no escuchaban nada desde esa posición, así que
pasaron entre las piernas del círculo de gente
hasta situarse al medio del tumulto. Allí oían
clarito lo que contaba el señor de bigote:

—Llegamos al centro de la ciudad y a lo que es el kilómetro 0 de Santiago: nuestra Plaza de Armas. El lado poniente de la plaza se conoce como “La pequeña Lima”, por la cantidad de inmigrantes peruanos y el comercio que han establecido en el sector...

Carmen Rosa abrió los ojos lo más que pudo y le apretó el brazo a Andrea.

—¡Te dije! —le susurró antes de que el guía terminara de hablar.

—*And what's the name of the statue over there?* —preguntó un señor de pelo rojo, cámara colgando del pecho y camisa floreada.

El guía sonrió y tradujo a los demás:

—La fuente que está a su derecha se llama Monumento a la Libertad de América, pero también se conoce como Monumento a la Victoria de Ayacucho, en honor a la batalla que le dio la libertad al pueblo peruano en 1826.

—Están hablando de nuestra fuente —dijo Andrea muy despacio a Carmen Rosa.

—En ella se ve a una diosa griega tendiéndole una mano a un indígena —continuó el guía— y entregándole un símbolo de libertad. Abajo hay unos caimanes tallados en mármol que también hacen referencia a Perú y sus animales amazónicos.

Carmen Rosa sacó a Andrea del círculo de gente de un tirón y le volvió a repetir, esta vez a viva voz:

—Te dije!

—¿Qué cosa?

—Que estábamos allá y no acá. ¿No escuchaste al señor de bigote? La fuente, el indíge-

na, los caimanes, la pequeña Lima... ¡Yo tenía razón! —gritó golpeándose el pecho.

Carmen Rosa hablaba demasiado rápido por la emoción, aun así no se saltaba ninguna letra. A Andrea le pareció que hablaba tan bonito. Y más bonitos le parecieron sus ojos cuando notó que estaban humedecidos por las lágrimas. Su corazón le dijo que tenía que abrazarla y así lo hizo. Carmen Rosa sintió ese abrazo como los de la abuela: tibio y sincero. Y ese lugar, uno de los más representativos de la ciudad de Santiago, entre palomas, turistas y su nueva amiga, lo sintió, por fin, como su hogar.

● 4

DE MONSTRUOS Y AREPAS

Esteban Cabezas

UN DÍA, LOS MONSTRUOS colombianos se pusieron a alegar porque muchos humanos se estaban yendo a vivir a Chile.

—Esto es el colmo —protestó el Hombre Caimán—. Cada vez tenemos menos gente para asustar.

—Es cierto —replicó la Llorona mientras se limpiaba los mocos—. Yo tenía un cliente al que ya se le estaba cayendo el pelo debido a mis llantos, hasta que un día volví para dejarlo completamente pelado pero se había ido.

—Tenemos que buscar una solución a este problema —sugirió el Molián mientras se peinaba sus miles de pelos.

Fue así como todos llegaron a la junta del terror: la Patasola, la Madre del Agua, el Ánima Sola, el Silbón, entre muchos otros.

El Hombre Caimán, quien ya estaba bien borracho de ron, tuvo una idea delirante:

—¿Y si nos vamos a Chile a asustar? O, por lo menos, a averiguar por qué les gusta tanto ese país a los humanos colombianos.

La Candileja, que es una bola de fuego que no habla, casi se apagó de puro susto. La idea la puso fría.

La Madre del Agua, que es como una sirena sin cola, comentó:

—En la isla de Chiloé vive mi prima, la Pincoya. A lo mejor podríamos ir a visitarla y a conversar con sus amigos para que nos ayuden.

—¿Y es bonita? —comentó el Hombre Caimán, que es muy lachó.

—No empieces, lagartija humana —replicó chapoteando la Madre del Agua.

—No es una mala idea —silbó el Silbón—. Total, tenemos mucho menos trabajo por acá.



Entonces, comenzó la discusión. Algunos no querían ni pensar en moverse, como la Madre Monte (porque tampoco podía) y otros dejaban en claro que no serían capaces de pasar desapercibidos durante el viaje, como la Madre Vieja, que es una serpiente de siete cabezas.

Finalmente, y luego de mucho discutir, la idea de viajar ganó. Decidieron disfrazarse como humanos, o lo más parecido a los humanos que pudiesen, y subirse a un avión con destino a Chiloé, no sin antes haber mandado al Carrao, un pájaro maldito, con el mensaje para que los esperaran a su llegada.

Es que los monstruos no usan internet.

Les da susto.

Después de muchas horas de vuelo, la Madre de Agua casi se secó, la Llorona tuvo que usar las bolsas de mareo para llenarlas con sus lágrimas, Juan Machete tuvo que abstenerse de vomitar fuego y la Muelona casi se comió toda la comida del vuelo con sus dientes filudos. El más feliz era el Hombre Caimán, que iba cantando su canción: “se va el caimán, se va el caimán, se va para Barranquilla”, tomándose todo

el ron y con unas ganas gigantes de fumarse un tabaco. Es que es muy pero muy carretero él.

Al llegar a Castro, donde está el aeropuerto de Chiloé, la Patasola estiró su única pierna apenas tocaron la tierra.

—¿Hay alguien esperándonos con un letero? —preguntó iluso el ebrio Hombre Caimán.

Una persona algo torcida con un chaquetón muy grande y una sola pata, se les acercó. Imaginarán que la Patasola lo encontró de inmediato muy pero muy atractivo. Era el Imbunche, quien lleva su segunda pata cosida en la espalda, y les hizo una señal para que lo siguieran hasta una carreta.

Casi nadie llevaba equipaje, excepto el Silbón, que siempre anda cargando un saco con los huesos como un gran cascabel para avisar a su próxima víctima cuándo llega su hora para morir.

Después de un par de horas, tuvieron que hacer distintas paradas para que la Madre de Agua se mojara un poco y de paso alegara por el agua de la zona, que era muy fría. Hasta que finalmente llegaron a la Cueva de Quicaví, el hogar de todos los brujos chilotes.

El Silbón ya se había hecho amigo del Tué tué, que es la cabeza de un brujo que vuela con las orejas y también anda maldiciendo con su canto.

A la entrada de la cueva el Imbunche indicaba al Gran Brujo con sus dedos torcidos y gruñidos, porque es muy tímido, dicen.

—Bienvenidos, hermanos de tierras lejanas. Los invitamos a nuestra morada, para que podamos conversar sobre las costumbres de sus humanos y las de los nuestros. La cueva es grande y el corazón también. Pero antes, me gustaría conocerlos más —dijo el Gran Brujo.

—Por supuesto —respondió el Hombre Caimán muy canchero—. Yo le presentaré a mis colegas: ella es la Ánima Sola, la señorita que ve aquí con las manos encadenadas y rodeada de fuego. Sufre mucho la pobrecita, tuvo que apagarse durante el viaje por motivos de seguridad. A su lado tenemos a las hermosas Madre del Agua y a la Llorona, de quien no conviene enamorarse si no quiere terminar como finado. La de bella y peligrosa sonrisa es la Muelona y la dama con una sola pierna es, como dice su

nombre, la Patasola. Los varones del grupo son el Sombrerón, que tiene la mala costumbre de perseguir a los borrachos como yo para ponerles su sombrero maldito, y ese caballero muy peludo con uñas largas y dientes de oro es el Molián, mientras que a su lado está el Silbón y Juan Machete. Y aquí está un humilde servidor de usted, quien le habla, el Hombre Caimán.

—Realmente es un grupo muy variado, señor Caimán.

—Y eso que muchos de nosotros no pudieron venir a esta visita para averiguar qué le ven a su país nuestros humanos. Y, bueno, también es una visita de cortesía, por cierto.

—Para otra vez será con sus compañeros. Ellos se lo pierden. Y como recibimiento, les hemos preparado un curanto con carne de humano. Es un plato típico de estas tierras, que se hace en un hoyo con piedras calientes, donde ponemos mariscos que trae La Pincoya y alguna carne de nuestra predilección. En este caso, un turista gringo muy sanito y tan tarado que ni nos vio venir por ir revisando su whatsapp.



Al escuchar esto, el Imbunche emitió un gruñido de gran felicidad, porque ya le crujía la única tripa que le quedaba.

—¿Y no tienen arepas? —preguntó el Hombre Caimán.

—¿Are qué?

—Arepas, hombre.

—¿Eso se come?

—Por supuesto. No hay comida sin arepa. Son panes de maíz.



—Aquí al maíz se le dice choclo, por si acaso —respondió el Gran Brujo, algo tostado por lo malagradecido del Hombre Caimán.

—Entonces, ¿tienen panes de “choclo”? —respondió el Hombre Caimán haciendo el gesto de las comillas con sus dedos.

—Aquí los humanos hacen pastel de choclo, pero no pan. Aquí en Chiloé lo que comemos son milcaos y chapaleles, que son panes de papa. Podrían probarlos.

—O sea, ¿no hay arepas?

—¿Qué parte de la palabra “no” no ha entendido, señor Cocodrilo?

—Caimán.

—Es lo mismo. Y para beber, les ofreceremos el famoso licor de oro.

—¿Y lo hacen con oro? ¡Qué lujo! ¿Y no tienen aguardiente acá?

—No es de oro, es una me-tá-fo-ra porque es de color amarillo. Y se hace con alcohol y suero de leche de vaca. Su bella tonalidad se obtiene con el azafrán. Y además le ponen una cascarita de limón, dicen.

—Ya, pero ¿tienen aguardiente?

—No. Lo otro que hay es chicha de manzana.

A estas alturas hasta la Llorona había dejado de llorar de pura vergüenza, por lo maleducado que estaba siendo del Hombre Caimán ante los gestos de hospitalidad de los anfitriones. Pero no todos estaban presentes para evidenciar este intercambio: la Patasola andaba por su cuenta coqueteándole al Imbunche, mientras que el Trauco, que había oido la presencia femenina en el lugar, no se decidía entre el Ánima Sola y la Muelona, porque una quemaba y la otra mordía.

Dejando todo esto a un lado, el problema mayor era el Hombre Caimán, porque una cosa es un curado cargante y otra muy distinta es un curado cargante y sobrenatural.

—Yo sin arepas ni aguardiente no me quedo.

—Pero hombre —le silbaba, conciliador, el Silbón— si igual tienen ese licor de oro. Deberías al menos probarlo.

—Y esos panes de papa no pueden ser tan malos —agregó Juan Machete, mientras lanzaba, algo tostado ya, un escupo de fuego al suelo.

—No. Yo me largo —dijo el Hombre Caimán.

—Ándate entonces —dijo entre llantos ya saben quién, que ya no soportaba toda esta tensión.

—Listo, me iré, pero sepan que tengo los pasajes de regreso de todos. Y no se los pienso entregar. Y ni lo intenten, porque tengo mucha fuerza.

Nadie supo quien lanzó el primer golpe, pero se armó una pelea durante horas en la que salieron volando huesos, dientes y, obvio, un sombrero. No fue hasta que el Ánima Sola encadenó al Hombre Caimán que se calmó todo. Después del vergonzoso altercado, el resto de los monstruos pudo disfrutar de la comida chilota en compañía de los monstruos chilenos. Incluso el Gran Brujo le prestó su chaleco de piel humana a Juan Machete para que volara un rato por la isla.

Pero el problema seguía. El Hombre Caimán no se callaba. En un momento pensaron coserle la boca como al Imbunche, pero des-

pués llegaron a la conclusión de que sería un gesto muy descortés.

Luego de tamaña fiesta y encuentro monstruoso, finalmente los visitantes tuvieron que despedirse para irse al día siguiente, no sin antes intercambiar direcciones y contactos como hicieron el Trauco y la Muelona.

A la mayoría de los monstruos, menos a uno, les quedó en claro que en Chile eran muy hospitalarios, por lo que igual se fueron algo preocupados, porque a lo mejor iban a tener que importar humanos a Colombia.

Ya en el vuelo de regreso, el odioso y aguafiestas Hombre Caimán continuó alegando:

—¡No entiendo a todos esos humanos que pueden vivir en un lugar sin arepas!

Por suerte, había mucho ron en el avión y se quedó callado al ratito. El Sombrerón aprovechó de taparlo con su sombrero.

Si el cargante del Hombre Caimán hubiese estado despierto, se habría dado cuenta de que una de las auxiliares de vuelo también era colombiana. Y si le hubiese preguntado, ¿por

qué no hay arepas en Chile?, ella le habría respondido que está equivocado pues sí las hay. Hay tantos colombianos viviendo en Chile que ahora en los supermercados hay harina marca Pan, esa de maíz.

O de choclo, para que los chilenos también entiendan.

NUESTROS AUTORES

Te invitamos a conocer a los escritores que crearon los cuentos que acabas de leer.



TE CUENTO QUE ANA MARÍA GÜIRALDES...

... desde que era muy niña manifestó interés por la literatura. Todos los días trepaba su árbol preferido para leer en secreto refugiada sobre sus ramas. Fue tanto su amor a las historias, que pronto comenzó a escribir las propias. A pesar de haber estudiado Pedagogía, nunca ejerció como profesora y se dedicó por completo al oficio de la escritura. Sus primeras publicaciones fueron en la revista **Pocas Pecas** y, más tarde, escribió el libro **Ratita Marita**. Entre sus obras más importantes podemos nombrar **Un embrujo de siglos**, que forma parte de la Lista de honor de IBBY desde el año 1992, su enternecedor libro ilustrado, **Mi ciruelo**, y su última historia, **Ellos dos**, ilustrado por su hermano Ricardo; todos ellos publicados por SM.



TE CUENTO QUE JL FLORES...

... estudió Derecho, pero se ha especializado como escritor y guionista. Entre 2002 y 2007 estuvo a cargo del proyecto Mitos y Leyendas, el juego de estrategia desarrollado por la emblemática empresa editorial Salo. Es autor de varios libros, entre ellos **¡Soy una biblioteca!**, **La delirante Compañía de los Sueños** y **El Mago del desierto**, todos ambientados en el mundo fantástico de Bajo Raíz y editados por SM. Además de libros, ha escrito guiones para series de televisión y obras de teatro.



TE CUENTO QUE MARI FERRER...

... es una periodista chilena a quien le encanta escribir libros para niños. A los siete años, apenas comenzaba a escribir sus primeras palabras, sintió el impulso de inventar historias. Luego de ejercer un tiempo como periodista, se dio cuenta de que quería dedicarse a la literatura infantil. Fue editora de la **Revista Había una vez** hasta el año 2011 y pertenece a IBBY Chile desde el 2012. Divide sus horas entre la escritura, charlas, presentaciones de motivación lectora y sus labores de mamá. En SM ha publicado los libros **Un deseo para Alberto**, **La receta perfecta**, **Las flores de la señora Cucú** y **Al final del arcoíris**.



TE CUENTO QUE ESTEBAN CABEZAS...

... es un destacado escritor de libros infantiles. Estudió Periodismo y además fue crítico de cine, crítico de restaurantes, director de una revista de vinos y tuvo un montón de trabajos más. Pero se dio cuenta de que lo que más le gusta es cuando un niño o niña le dice lo bien que lo pasó leyendo alguno de sus libros (¡dice que siente como si le fuera a crecer pelo!). También es calvo y no es flaco, y la primera vez no es simpático. En SM ha publicado varios títulos: **El niño terrícola**, **Arvejas en las orejas**, **La Tortulenta**, **Minihéroes contra la extinción**, **La fantasmal aventura del niño semi-huérfano**, **María la Dura en: no quiero ser ninja** (Premio El Barco de Vapor 2009), **María la Dura en: un problema peludo** y la serie del divertido **Julito Cabello**.